

La enseñanza de la filosofía en perspectiva

Alejandro Cerletti (compilador), 1ª Edición, Buenos Aires: Eudeba, 2009, 488 páginas. ISBN 978-950-23-1654-3

Una de las exigencias que suele formularse a todos los que de alguna manera participamos del ámbito académico, tanto docente como investigativo, y que, más allá de la resistencia que podamos oponer transitoriamente, tarde o temprano terminará por imponerse con el rigor de la costumbre, es la que consiste en dar a conocer los avances que vayamos experimentando en las áreas de estudio que nos conciernen mediante nuestra participación en ciertos canales o instancias de interacción específicamente diseñados para esos efectos, como workshops, mesas de debate, jornadas, congresos y demás eventos científicos del tipo. Simples razones de supervivencia en el medio profesional explican la aceptación generalizada de esta exigencia, la que por otro lado, acogida sin ton ni son, puede volverse tan tediosa. Y más todavía si somos de la opinión de Eric Einarsson, aquel imaginario profesor de la Universidad de Texas en boca de quien la magnífica pluma de J. L. Borges pusiera las siguientes palabras: “Usted y yo, mi querido amigo –le dijo Einarsson a Winthrop, otro profesor universitario, según reza un inolvidable pasaje de *El soborno* –, sabemos que los congresos son tonterías, que ocasionan gastos inútiles, pero que pueden convenir a un currículum”.

Desde luego, por lo menos en el área de las ciencias sociales, estos eventos suelen cumplir la misión, que muchos están prestos a reconocer, de rescatar a los investigadores del solipsismo en el que se hallan inmersos, acrecentando el intercambio de ideas entre colegas y, si las circunstancias lo permiten, por qué no, promoviendo verdaderos lazos de amistad. Al mismo tiempo y, de nuevo, si las circunstancias lo permiten, quizá un producto menos evanescente se genere de estas instancias: me refiero al famoso libro de actas, una compilación a veces tan extensa y amorfa de trabajos que su único propósito parece ser el de recordarle a la comunidad general –poco afecta a estas cuestiones –que algo de presunto in-

terés público aconteció en determinado tiempo y lugar, algo para lo cual se dispondrá en adelante de documentación probatoria. Esta compilación resulta a veces tan amorfa, digo, porque el modo en que los trabajos tienden a agruparse no responde a otro criterio que no sea el del orden alfabético de los autores y la tarea de edición que la soporta suele ser decididamente pobre o hasta inexistente. Debido a la misma razón, muchos de estos libros o compendios están condenados de antemano al olvido, y pasarán a cubrirse de polvo en los anaqueles de alguna perdida biblioteca o a dormir en un negocio de libros usados a la espera de ser revendidos o intercambiados por migajas.

En contraposición a este fenómeno, a menudo también aparecen en escena honrosas excepciones. Tal es el caso, quisiera sugerir, de la reciente publicación de Editorial Eudeba, *La enseñanza de la filosofía en perspectiva* (2009). De modo similar a aquellos trabajos, la presente publicación se trata, por supuesto, de un trabajo compilatorio, la cual reúne, como su nombre lo indica, nada menos que un total de 45 ensayos sobre la enseñanza de la filosofía y problemas afines, escritos por los participantes de las últimas "Jornadas sobre Enseñanza de la Filosofía. Coloquio Internacional" y de los investigadores del "Programa para el Mejoramiento de la Enseñanza de la Filosofía" (Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires), que tiene a su cargo la organización de dicho encuentro académico. Sin embargo, a diferencia de aquellos extensos y desordenados compendios tan poco atractivos para el lector, *La enseñanza de la filosofía en perspectiva* se trata de un texto correctamente editado, rigurosamente organizado, de ágil lectura y en el que, no obstante la pluralidad de aportes que lo integran, se observa un destacable cuidado de estilo y un compromiso común con la claridad y coherencia argumentativas.

¿Constituye por tal motivo el texto tan sólo una agradable sorpresa? Nada de eso. La mayor parte de los ensayistas que escriben aquí son prestigiosos académicos provenientes de importantes universidades latinoamericanas (fundamentalmente de Argentina, pero también los hay de Uruguay, Brasil y Chile) y basta con re-

pasar el índice general para descubrir que aquello que tenemos entre manos bien puede valer la pena. Además, el solo hecho de que se trate de una selección de ensayos que fueron confeccionados en un lapso prudencial de cuatro años (2004-2007), lapso durante el cual cada uno de los autores contó con la inmejorable oportunidad, garantizada por las Jornadas, de revisar sus propuestas a la luz de las observaciones que fueran formulándole sus colegas, nos obliga a considerar el texto con la seriedad que no podría demandar de nuestra parte cualquier otro producto advenedizo o surgido de la mera casualidad.

Como correctamente lo resalta Alejandro Cerletti en su Presentación, este libro es hijo de un cambio de paradigma orquestado en las últimas décadas sobre la manera de concebir la enseñanza de la filosofía. No hace mucho tiempo, la tarea de enseñar filosofía era percibida “como una actividad cuyos problemas se reducían sólo a cuestiones didácticas o quedaban librados a la espontaneidad docente de especialistas puestos a dar clases” (9). Hoy, en cambio, sin haber abandonado su estatuto de ‘problema práctico’ que requiere de soluciones concretas y siempre vinculadas a los contextos específicos en los que se articulará, la tarea de enseñar filosofía ha pasado a ser tematizada como un verdadero problema filosófico del que se derivan consecuencias teóricas por demás significativas. De esta manera, así como en otro momento la pregunta ‘¿qué es filosofía?’ dejó de constituir una mera inquietud del neófito dirigida a interpelar al especialista, para transformarse –puesto en palabras que el mismo Cerletti emplea en uno de los ensayos recogidos por el presente volumen –en “un tema propio y fundamental de la filosofía misma” (82), hace ya tiempo que la pregunta ‘¿qué implica enseñar filosofía?’ viene dejando de constituir una mera inquietud del profesor urgido de herramientas prácticas y metodológicas para enfrentar a sus alumnos y ha pasado a transformarse en una auténtica pregunta filosófica cuyo abordaje está siendo decididamente encarado mediante la ayuda del arsenal teórico que sólo la filosofía, en cualquiera de sus corrientes o disciplinas específicas, se halla en condiciones de proveer.

Justamente, lo que hace cada uno de los ensayos reunidos en *La enseñanza de la filosofía en perspectiva* es recoger esta misma pregunta para intentar responderla desde una dimensión diferente, vinculada a su vez a la tradición filosófica en la que haya decidido afincarse su autor. El libro, como he dicho, se compone de 45 ensayos agrupados en secciones, respondiendo cada sección a una determinada dimensión en particular.

La primera sección, denominada *Perspectivas históricas*, agrupa trabajos de D. Cohen, S. G. Di Camillo, S. Magnavacca, S. Manzo y C. T. Mársico sobre cómo debería encararse la enseñanza de los filósofos y corrientes filosóficas que se sucedieron a lo largo de la historia y cuya omisión podría traer aparejado el peligro que vaticinara Santayana al anunciar, en su famoso epigrama, que todo aquél que ignore la historia de la filosofía estará francamente condenado a repetirla. Como bien acota Diana Cohen en "Spinoza: tan distante, tan cercano", "si una de las más elevadas aspiraciones de la filosofía es comprendernos a nosotros mismos y al mundo en que vivimos, esta tarea, al fin de cuentas, será profundamente enriquecida si nos volvemos y atendemos a todo lo que nos pueden enseñar todavía los filósofos clásicos" (20). Pero además de remarcar la necesidad de volver a los clásicos, lo que hacen también algunos de los autores que escriben en la presente sección, como Di Camillo o Magnavacca, es indagar qué elementos o propiedades característicos del modo de hacer filosofía en el pasado, tales como los que caracterizaron a la dialéctica aristotélica practicada en el Liceo o a la estructura institucional bajo la cual se organizó la universidad medieval, merecerían todavía ser recuperados en la actualidad sin perder vigencia o utilidad práctica.

La segunda sección, titulada *Perspectivas de profesores y maestros*, recopila ensayos de S. Abad, A. Cerletti, J. M. Nesprías y V. Waksman sobre el carácter que tiñe al vínculo formativo que se establece entre el maestro y sus alumnos —los actores principales del proceso educativo— y del que ciertamente no están ausentes dimensiones políticas, éticas e ideológicas. De acuerdo a lo que se infiere de estos trabajos, el mayor o menor nivel de igualdad o el mayor o menor nivel de asimetría con el que se conciba este vínculo entre

actores, al igual que el mayor o menor nivel de participación que se le otorgue al alumno en la construcción del saber filosófico, muestra indubitable del compromiso democrático que manifieste un docente en el aula, poseen implicancias profundas a la hora de comprender qué tipo de práctica filosófica será capaz de plasmarse en la realidad: si una práctica crítica y desnaturalizadora del orden social o una práctica conformista y normalizadora.

En Perspectivas institucionales I y II, las secciones tercera y cuarta, encontramos trabajos de A. B. Bonilla, C. S. Donda, E. T. José, R. E. Ortín, A. Ranovsky, M. Berttolini, I. González Briz, E. Speyer y P. Vicari sobre ciertos pormenores que rodean a la enseñanza de la filosofía en la educación media y superior, tanto en medios académicos como extra-académicos (aquí, por ejemplo, una mención especial merecen las reflexiones de C. S. Donda en torno al Programa Universidad en la Cárcel llevado adelante por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba).

En Perspectivas de género (sección quinta) vemos propuestas de M. L. Femenías para una enseñanza no sexista de la filosofía; un poderoso intento emprendido por parte de la chilena O. Grau Duhart para entender y suprimir los dispositivos falocéntricos de producción y transmisión del conocimiento; un análisis de cómo la escuela se empeña en moverse pendularmente entre dos extremos indeseables: el de ocultar y regular las diferencias sexuales, o bien el de decidir abordarlas pero a partir de una norma corporal biologicista, sexista y heteronormativa que se contrapone a la comprensión de la sexualidad como un espacio de subjetivación y de placer (G. Morgade); y, finalmente, un trabajo de M. Spadaro sobre las condiciones que debe reunir una auténtica práctica coeducativa.

En la sexta sección, titulada Perspectivas de la lógica, encontramos trabajos de C. M. Arca, F. López, N. M. Buacar y C. A. Oller sobre cómo debería encararse la enseñanza de la lógica en nuestros colegios y universidades. Coinciden la mayoría de estos autores en la necesidad de implementar propuestas innovadoras que superen a la lógica clásica y formalista e incorporen elementos provenientes de un enfoque menos formal y más vinculado a la argumenta-

ción ordinaria (lógica de la relevancia, lógicas paraconsistentes, lógica contrafáctica y lógicas no monótonas).

Perspectivas estéticas, tal el título de la sección siguiente, agrupa un trabajo de L. M. Galazzi sobre el papel del cine en la enseñanza de la filosofía —utilizando como disparadores películas de King Vidor o Ingmar Bergman— y otro de S. Solas sobre las problemáticas comunes que deben enfrentar la filosofía del arte y la enseñanza de la filosofía.

Perspectivas de los filósofos frente a la enseñanza, la sección octava, incluye un total de tres ensayos en los que se consideran los aportes que varios filósofos muy relevantes de la historia de la filosofía han realizado para comprender el papel del maestro. Constatamos así, en primera instancia, un trabajo de J. Castello Dubra sobre Agustín de Hipona y Tomás de Aquino; en segunda instancia, un trabajo de W. O. Kohan a propósito de la figura de Sócrates; y, finalmente, un estudio de S. del Valle Paz de Vargiu sobre los aportes de Dewey, Gramsci y Rorty, tres filósofos en los que esta autora constata una idea anti-intelectualista del sujeto y, por ende, también de la enseñanza de la filosofía.

Las secciones novena y décima son las más nutridas en número de trabajos. En Perspectivas de la experiencia de aprender, encontramos una disquisición de L. Agratti sobre la disyuntiva entre enseñar lo que se sabe y el dejar aprender; un texto de V. Bethencourt sobre la experiencia de la lectura en la enseñanza de la filosofía; una reflexión desde la psicología acerca de los jóvenes del siglo XXI aprendiendo filosofía, debida a S. Di Segni Obiols; una aproximación a la enseñanza de la filosofía a través de la ética de la hospitalidad, practicada por J. Freixas, otra a partir de la obra de Vigotsky, practicada por G. Loza, y un ensayo final de P. Plaza que hace hincapié en el aleccionador papel que cumplen la lectura y escritura crítica de textos filosóficos.

Por su parte, abren Perspectivas sobre prácticas, la décima sección, dos trabajos de A. C. Couló y M. C. González, temáticamente vinculados, en los que, utilizando como eje ilustrativo el concepto de herencia de Gregor Mendel, se abordan los obstáculos que se interponen entre los profesores y los estudiantes para una correcta

comprensión de algunos problemas propios de la filosofía de la ciencia, sugiriéndose soluciones posibles. Por otro lado, M. Frasinetti analiza el proceso de evaluación en la enseñanza filosófica; B. Guerci de Ciufi se focaliza en la importancia que posee la 'pregunta' para la filosofía; M. Langon expone algunos aspectos de la experiencia uruguaya de los últimos años en torno a la enseñanza de la filosofía; y R. Sassone, abrevando en una pedagogía del encuentro, disecciona aquellos elementos del concepto de acción (como el propósito del acto) cuya comprensión él considera fundamental al objeto de asumir una tarea educativa que resulte verdaderamente transformadora de la realidad.

Cierran este extenso volumen de trabajos sendos y emotivos homenajes a los profesores Guillermo Obiols y Eduardo Rabossi, dos renombradas figuras del quehacer filosófico en Argentina que se comprometieron como pocos a revalorizar el problema de la enseñanza de la filosofía librando una lucha sin cuartel contra un viejo paradigma que imperó durante muchos años tanto en nuestros claustros universitarios como en los institutos de enseñanza media donde se imparte la asignatura. Sustentado en una 'concepción ecléctica' de la filosofía, este paradigma o modelo dominante, según lo denomina Nora Stigol en su cálido recordatorio a Rabossi, había alentado "una actitud de pasividad acrítica, glosando y parafraseando a los grandes filósofos de la historia y recurriendo a ellos como sucedáneos de una actividad filosófica auténticamente creativa" (476).

A partir del año 1986, Rabossi y Obiols, apoyados por un destacado plantel de especialistas, aunaron esfuerzos y dieron rienda suelta a un ambicioso proyecto de investigación (cuna del actual "Programa para el Mejoramiento de la Enseñanza de la Filosofía") cuyo objetivo consistiría en diagnosticar las principales fallas que se detectaban en la enseñanza de la filosofía en todos los niveles de formación y ante las cuales los autores asumirían una postura 'crítica', simbolizada en la conocida fórmula kantiana que versa "no debemos enseñar filosofía sino enseñar a filosofar". De allí nacería precisamente *La filosofía y el filosofar: Problemas de su enseñanza* (1993), un texto que los autores editaron con dedicado esmero y que aún hoy, luego de casi veinte años transcurridos, re-

sulta de consulta obligada para todos los que de alguna manera se- guimos interesados en desterrar de los contextos de enseñanza- aprendizaje en los que nos involucramos cotidianamente algunos de los viejos problemas que todavía perduran.

Para finalizar, sólo resta decir que *La enseñanza de la filosofía en perspectiva* representa mucho más que un simple compendio de ensayos. Como en su momento lo fueron *La filosofía y el filosofar* (1993) y *La enseñanza de la filosofía en debate* (2000) –los primeros dos compendios publicados por el “Programa” –, este libro constituye ni más ni menos que otra acabada muestra de cómo el trabajo mancomunado, la claridad de objetivos, el compromiso desinteresado con una causa común y la coherencia ideológica a lo largo del tiempo, cuando son llevados adelante por un grupo ciertamente diverso de personas pero a las que impulsan las mejores intenciones y cualidades intelectuales, son capaces de fijar un rumbo e imprimirle a la realidad su sello distintivo.

En este sentido, se plasma en cada uno de los ensayos publicados por Eudeba una indudable pretensión ética, que recuerda la intuición capturada en la técnica rawlsiana del equilibrio reflexivo, esa que nos compele a embarcarnos en un proceso de mutuo ajuste entre juicios y principios, entre intuiciones y teorías, afinando los primeros a la luz de los segundos o adecuando los segundos a la luz de los primeros, según corresponda, y de tal manera que evitemos a toda costa ingresar en una relación de tensión insuperable. Tal vez por esto mismo el libro se aproxime justificadamente a ser, a pesar de su carácter compilatorio (aunque a una distancia abismal de cualquier otro compendio), la realización más plena de lo que para la filosofía ha sido desde sus orígenes pre-socráticos, y salvando honrosas excepciones, la cuadratura del círculo: la síntesis perfecta entre teoría y práctica; o quizá, rememorando la decimo-primera de las tesis sobre Feuerbach, algo bastante próximo a la quintaesencia del sueño marxista des-anatemizado.

Lic. Matías Parmigiani

Adscripto de Filosofía de la Educación y Deontología
Escuela de Filosofía, FFyH, UNC